

geles, los unos tras los otros"» (VIII, 9). «Dios hizo bajar ejércitos invisibles» sobre sus fieles (IX, 26), etc. Es, por consiguiente, esperable y explicable que las varias gentes del norte cristiano, ante la catástrofe que las amenazaba, pusieran en juego todas las fuentes de energía a su alcance; atacadas en nombre de una fe triunfal y hasta entonces arrolladora, los cristianos pusieron sus esperanzas en fuerzas sobrenaturales, presentes y posibles en el cristianismo, aunque no efectivas y funcionales en la Rumania antes de iniciarse la reacción ofensiva contra los musulmanes. Los ángeles belicosos del *Alcorán* ayudan a entender la virtud combativa del apóstol Santiago. Todo ello, naturalmente, existió en una contextura de circunstancias económicas, de líneas de aprovisionamiento, de mercados, de cuanto se quiera. Es obvio, desde luego, que la esperanza del botín moruno incitaba a la guerra, tanto como la fe en la ayuda sobrenatural. Es, no obstante, evidente que el motivo de agruparse políticamente astures, vascones, etc., y, sobre todo, de sentirse estar formando una comunidad provista de virtud cohesiva, fue el hecho de ser como eran, *cristianos*. ¿Qué otra denominación, aunadora y abarcante, podía darle a aquellas gentes, en 880, el cronista de Alfonso III sino la de «cristianos»? El desarrollo ulterior del culto a Santiago, la dimensión internacional de aquella decisiva creencia, tuvieron repercusiones económicas, y las peregrinaciones, a la postre, tuvieron más de «negocio» que de fe. Sería, sin embargo, absurdo, enfocar aquel fenómeno y sus consecuencias, en tantos sentidos prestigiosas, como superestructuras de una base económica. Lo económico vino después, no fue ni actuó como un «logos» primario y unificante.

Es notable que se insista tanto sobre las estadísticas demográficas, las «explosiones» de población, las circunstancias naturales, el clima seco o húmedo, la producción agrícola, etc. —todo muy para ser tenido en cuenta sin duda alguna—, y se piense tan poco en que los futuros españoles fueron producto de contrastes y armonías entre tres pueblos, cada uno de los cuales estaba en unos

sentidos abierto y en otros obturado a la influencia, mejor dicho, a la convivencia con los otros dos. Es decir, que las personas con quienes uno se encontraba al nacer eran tan circunstancia, tan infraestructura, unas respecto de otras, como el alza o la baja de los precios o el volumen de la producción, de la importación y de la exportación. El que en el siglo xvi infamara trabajar como artesano o comerciar, u ocuparse en menesteres intelectuales, creaba una situación tan infraestructural como la climatológica que hace imposible cultivar la caña de azúcar en clima frío. En el *Cantar del Cid* y en el *Poema de Fernán González* —testimonios históricos de primaria importancia— la gente guerrera y de casta cristiana, se siente superior a los moros y los judíos, de los cuales, sin embargo, no cabe prescindir. En su *Cantar* exclama el Cid:

*«¡Oíd a mí, Alvar Fáñez e todos los caballeros!...  
Los moros e las moras vender non los podemos,  
que los descabecemos, nada non ganaremos;  
cojámoslos de dentro, ca el señorío tenemos;  
posaremos en sus casas, e dellos nos serviremos»* (616-622).

Pasaron siglos, los moros perdieron el señorío de sus ciudades, y vivieron entre cristianos como mudéjares o moriscos, despreciados o envidiados por muchos, y respetados y admirados por algunos. A. Domínguez Ortiz ha publicado una relación de las actividades misioneras del padre jesuita Pedro de León a comienzos del siglo xvii. En 1610 asistió en sus últimos momentos a «Juan López, morisco, porque quebrantó el bando que dentro de treinta días se fuese de España. Murió como buen cristiano, y decía que más quería morir ahorcado en tierra de cristianos, que en su cama en tierra de moros. Y no hay duda sino que en esta expulsión de los moriscos [en 1609] se echó de ver quiénes eran los que estaban fundados en nuestra fe, porque así, a la salida de España como en la estada por allá, se conoció en unos que lo estaban y en otros lo contrario»<sup>1</sup>. Este Padre León anduvo por las Alpujarras y pudo comparar el comportamiento de los

<sup>1</sup> *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona, Ariel, 1969, p. 33.

moriscos echados de sus tierras y el de los cristianos viejos que las habían ocupado. Estos, dice el Padre León, «eran cada uno de lugar diferente y cada cual tenía sus costumbres, y sobre todo era una gente medio foragida y de mal vivir, gentes que no las avían podido sufrir en sus tierras adonde avían nacido, matadores, facinerosos y de fieras e incultas costumbres, que ni tenían en sus tierras viñas, ni llovía sobre palmo de tierra suyo, holgazanes y de malas mañas, que no dexavan madurar las fructas de sus vecinos, porque en agraz se las hurtavan». A esta condición de las personas atribuía el Padre León que aunque les habían repartido las tierras de tres o cuatro moriscos, morían de hambre, porque no trabajaban, mientras los moriscos solían decir: «cuando salir por allí el sol, darmi en la cara saliendo de mi casa para el campo; y cuando venir de allá, darmi en el colodrillo, y no como los cristianos viejos, que trabajan a *veradas*» [?] (*o. c.*, p. 33). El Padre León recuerda lo dicho por el arzobispo Guerrero a los moriscos: «Hermanos, dadnos de vuestras costumbres y tomad de nuestra fe.» Lo cual no era una opinión ocasional, porque ya el primer arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera (de ascendencia hispano-judía), había dicho que para que los moriscos y los demás *españoles* fueran todos buenos cristianos, «habían de tomar ellos de nuestra fe, y nosotros de *sus buenas obras*»<sup>1</sup>. Y el historiador de Granada Francisco Bermúdez de la Pedraza decía en 1638 que, si entre los moriscos «faltaba la fe y el bautismo», era igualmente cierto que «tenían *buenas obras morales*, mucha verdad en tratos y contratos, gran caridad con sus pobres; pocos ociosos, todos trabajadores» (ap. Longás, *o. c.*, p. 52). Todo ello concuerda con el testimonio directo, de 1610, sacado ahora a luz por A. Domínguez Ortiz.

Pese a cuanto Cervantes y otros escribieron contra los moriscos, el problema no se resuelve optando entre los elogios o los vituperios. Mientras funcionó el sistema de la tolerante convivencia, el cristiano tomó del moro todo lo manifestado en los vocablos de origen árabe, la

---

<sup>1</sup> Ver P. LONGÁS, *Vida religiosa de los moriscos*, Madrid, 1915, p. 75.

*tarea* (palabra árabe) de edificar casas, como la de transportar mercancías (*arriero, recua, alhamel* «bestia de carga», *albarda, ataharre, jáquima*) y otras que no menciono ahora. Como quiera que fuese, el morisco conservó siempre la añoranza de su perdida soberanía, lo cual llegó a hacerlo peligroso; el temor a inteligencias con los enemigos de España fue multiplicándose por el odio provocado por su arte de poder ganarse la vida esforzadamente (lo dicho por el Padre León confirma lo sabido por otros conductos), cuando el cristiano viejo —ya sin tierra que reconquistar— languidecía o se corrompía en su miseria, y no tomaba una de las tres honrosas salidas para el español del siglo xvi: «Iglesia, o Mar, o Casa Real», que aún cita Cervantes. O sea, entrar en una orden religiosa, irse a las Indias, o ser funcionario del Estado, diríamos en lenguaje de hoy. Recuerdo estas elementalidades, con objeto de hacer comprensibles las consecuencias de haberse roto las armonías entre las tres castas, que con alzas y bajas, funcionaran hasta fines del siglo xv, e hicieron posible sentar las bases del futuro imperio español.

Se ha hecho incomprensible y antipático para los historiadores y para quienes no lo son, que haya habido un tiempo en la vida peninsular en que el antisemitismo y el antiislamismo fueran cosa de gente baja, no de grandes señores. De ahí las elusiones o los rechazos cuando nos referimos a los enlaces entre cristianos viejos y nuevos en las cimas de la sociedad española. Un párrafo especial merece el caso de la madre de Fernando el Católico.

#### DOÑA JUANA ENRÍQUEZ DESCENDÍA DE JUDÍOS

La historiografía española de nuevo estilo ha de abrirse camino a través de espesuras y matorrales de mitos y silencios, tanto en el caso del término *español*, como en el de la condición de las gentes portadoras de aquel nombre. Espontáneamente no se acepta que ninguna figura de alguna dimensión hubiese tenido ascendientes no cristianos, sobre todo hispanohebreos. Más de una vez

se ha aludido (otros y yo mismo) a que la madre de Fernando el Católico, doña Juana Enríquez, tenía ascendencia judía por parte de su madre. Ya en 1954 mencioné —sin nombrar a doña Juana— un texto del siglo xv, publicado por Fermín Caballero, *Conquenses ilustres. Doctor Montalvo*, 1873, p. 243, en que se aludía al linaje judaico de los Enríquez<sup>1</sup>. Daba fuerza a aquel juicio el que en el *Libro de chistes*, de Luis de Pinedo<sup>2</sup> se contaran dos bromas a propósito del linaje judío de Fernando el Católico y del duque de Alba, hijo de doña María, hermana de doña Juana Enríquez<sup>3</sup>. Con posterioridad a lo escrito en 1954 han ido apareciendo datos que revelan un estado de opinión, tanto en la corte como entre el pueblo, que convierten en indiscutible lo tan cuidadosamente silenciado en las biografías de la madre del Rey Católico. Lo cual demuestra la falta de congruencia entre las opiniones o desestimas vigentes en el ánimo de los cronistas, y las de quienes no sentían el menor escrúpulo en casarse con una lindísima muchacha de origen judío. En la corte y en los medios aristocráticos no había antisemitismo en el siglo xiv ni en el xv. De haberlo habido no se hubiera casado Juan II de Aragón con doña Juana, ni el duque de Alba con la hermana de ésta. En una carta del rey, en 1462, cuando la reina tenía treinta y siete años, llama a su mujer: «**Mi ninya e mi senyora bella**»<sup>4</sup>.

El pueblo bajo en tiempo de Juan II no pensaba del mismo modo. Un acompañante del barón de Rosmithal, que viajó por España de 1465 a 1467, oyó en Barcelona que el rey, al morir su primera mujer «se casó con otra de Castilla de origen innoble»; el editor, Antonio María

---

<sup>1</sup> *La realidad histórica de España*, Méjico, 1954, p. 498.

<sup>2</sup> En *Sales españolas*, edic. A. Paz y Melia, I, 1890, p. 279 (ahora publicado en la Bibli. Aut. Esp., 176).

<sup>3</sup> Sobre el casamiento del Duque, ver MOSÉN DIEGO DE VALERA, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. Mata Carriazo, 1927, p. 74.

<sup>4</sup> NURIA COLL JULIÁ, *Doña Juana Enríquez*, Madrid, C.S.I.C., 1953, II, 13. La autora no hace referencia al linaje de la reina. Llama a su madre, la mujer de Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, Marina de Córdoba. Otro autor la llama doña Juana María de Ayala. Tampoco hace referencia a la cuestión ahora tratada, CARMEN MUÑOZ ROCA-TALLADA, *Doña Juana Enríquez, Madre del Rey Católico*, Madrid, 1945.

---

Américo Castro

# Sobre el nombre y el quién de los españoles

